

GABRIELA MARTÍN

## ESTUDIOS PARA UNA DESMITIFICACION DE LOS PETROGLIFOS BRASILEÑOS

### I. LA PIEDRA DE INGA (PARAIBA)

*Al Dr. Miguel Tarradell y a Matilde  
Font de Tarradell, investigadores de la  
colonización púnica en Occidente.*

Durante la elaboración de un repertorio bibliográfico de Arqueología brasileña que tenemos en preparación, hemos encontrado numerosas referencias a inscripciones y grabados sobre roca diseminados un poco por todo el Brasil y que, muchas veces, incluso recientemente, han sido interpretadas como inscripciones de origen fenicio, egipcio y hasta etrusco y griego, que para todos los gustos ha habido. En el Congreso celebrado en Canarias sobre posibles navegaciones precolombinas a América, se discutió cuál sería el origen más lógico de la noticia referente a una inscripción fenicia hallada en el Brasil a fines del siglo pasado y que dio mucho que hablar a la prensa de su tiempo. De ella sólo se conoce la traducción, ya que el original se da por perdido; en realidad parece ser que nadie lo ha visto, ya que se trata, como diremos, de una inscripción apócrifa. Ahora bien, el texto no parece inventado, sino más bien copiado de una inscripción real, por lo que se supone que alguien fabricó la inscripción copiándola de un texto fenicio, con el probable deseo de agradar al emperador don Pedro II, que era aficionado a la arqueología y antigüedades. Seguramente, así debió de nacer también el mito de la inscripción —fenicia para unos, indígena para otros— grabada en el inmenso paredón llamado *pedra de Gavea*, en Río de Janeiro, en la que mide tres metros cada signo, y que fue traducida por el historiador amazonense Bernardo Ramos (1) de la siguiente forma: «Tiro, Fenicia, Badezir Primogénito de Jethabaal.» En verdad, no son más que unos dibujos naturales de la roca producidos por la erosión.

La experiencia nos ha enseñado que, cuando una interpretación histórica, por muy absurda y disparatada que sea, es lanzada por alguien de cierto pres-

tigio, se tarda mucho en desecharla por completo, y todos sabemos cómo era de fertilísima la imaginación de los eruditos de siglos pasados. La hipótesis de que algún miembro del arca de Noé o de alguna tribu de la Diáspora sean los responsables del poblamiento de América, formulada por los primeros descubridores y colonizadores como explicación de la presencia de los indios, no ha sido totalmente desechada, y encontramos todavía trabajos de publicación reciente con títulos tan curiosos como éste: *Origem árica dos povos pré-colombianos*, de Paulo Bougard de Magalhães.

Que las inscripciones indígenas brasileñas existen es un hecho indiscutible, pero nuestro contacto con curiosidades bibliográficas en el campo de la Arqueología nos indujo a seguir el hilo de la madeja hasta llegar al origen de las fantásticas interpretaciones dadas a las inscripciones reales.

De todas las inscripciones brasileñas conocidas, es la *piedra labrada de Ingá* la más interesante y de mayor tamaño, y por ello la más sujeta a fantasías y controvertidas interpretaciones. Se encuentra esta inscripción en la región nordeste del país, en el Estado de Paraíba, a unos siete kilómetros de la ciudad de Campina Grande, en el municipio de Ingá, en el río del mismo nombre. Una serie de bloques de *gneiss* estrangula el río, que corre formando pequeñas cascadas; en el centro del pedregal, un enorme bloque de 24 m de largo por 3 de alto divide el río en dos brazos. El lado norte del paredón está cubierto totalmente de inscripciones hasta una altura de 2'50 m. Una línea continua insculpida forma el dibujo de las inscripciones y tiene 3 cm de anchura y 6 a 7 mm de profundidad; una línea de puntos de 5 cm de diámetro encuadra la parte superior de la inscripción.

Recogemos de L. F. Clerot (2) una noticia que no mencionan otros autores respecto del lugar de los petroglifos. Relata este autor que el conjunto de bloques de piedra e inscripciones era mayor, pero en 1953 una cuadrilla de obreros mandados por el propietario de las tierras destruyó gran parte del pedregal para la fabricación de adoquines de pavimentación. Con la intervención del Servicio del Patrimonio Histórico se suspendió la destrucción y, cuando en 1972 visitamos el lugar, encontramos algunos restos de otras inscripciones en torno de la que nos estamos refiriendo, la que no parecía haber sufrido deterioro. También Clovis Lima (3), que visitó el sitio en 1950, dice que las inscripciones ocupaban una área aproximada de unos 1.200 metros cuadrados.

No es preciso ser especialista en lenguas muertas, bastando sólo estar superficialmente familiarizado con los alfabetos antiguos, para percibir que los petroglifos de Ingá no son una escritura y que los signos, caprichosamente dispuestos, no guardan entre sí orden, simetría o relación alguna de tamaño, a la vez que muy pocos están repetidos. Cualquiera que, a la vista de las insculturas de Ingá, intentase ver la menor semejanza con letras fenicias o jeroglíficos egipcios daría muestra de total ignorancia o de manifiesta locura; pero todavía resulta más insólito y sorprendente que el padre Francisco Lima (4), historiador de reconocido mérito en otros temas, declarase sobre su fe de sacerdote (*in fide sacerdotis et gradus mei*) que se trataba de letras griegas.

Noticias sobre inscripciones pintadas o esculpidas en las rocas son mencionadas ya en documentos muy antiguos. Concretamente, el anónimo autor de *Diálogos das Grandezas do Brasil* (5), escrito en 1614, menciona ya petroglifos encontrados en el Estado de Paraíba, pero toda la leyenda en torno de la existencia de inscripciones fenicias fue creada a partir de una carta enviada en 1872 al entonces director de la Biblioteca Nacional, Ladislau Netto, con la copia de unos caracteres fenicios pertenecientes a una inscripción hallada en *Pouso Alto*, municipio de Paraíba del Sur, en el Estado de Río de Janeiro, localidad situada a orillas del río Paraíba, que fluye entre los estados de Minas Gerais, São Paulo y Río de Janeiro, y que hizo creer a Ladislau Netto, algo precipitadamente, que se trataba de un descubrimiento revolucionario para la historiografía brasileña. Si bien este autor se equivocó, y por ello ha sido duramente criticado, nadie podrá dudar de su honradez y sinceridad leyendo el artículo que publicó en 1874 en el *Jornal do Commercio*, de Río de Janeiro, que aquí traducimos, y que por sí sólo podría dar por concluida la famosa historia de la falsa inscripción fenicia.

*Inscripción fenicia.*—Escribe el Sr. Dr. Ladislau Netto al *Jornal do Commercio*, de Río de Janeiro, de 8 de mayo de 1875:

«En septiembre de 1872 recibió el ilustre Marqués de Sapucahy, presidente del Instituto Histórico, una carta fechada en esta Corte y firmada por un tal Joaquim Alves da Costa, comunicándole que en su propiedad en *Pouso Alto*, cerca de la Parahyba, sus esclavos habían encontrado una piedra con unas letras insculpidas, de las cuales mandara a un hijo suyo, que dibujaba un poco, hacer una copia que junto remitía, a fin de que el Instituto tuviese conocimiento de tales letras, que eran para él totalmente desconocidas. Como ni el finado Marqués de Sapucahy ni nuestro Instituto Histórico se ocuparan nunca de lenguas orientales, el curioso manuscrito fue recibido casi sin examen ni observación de esta asociación que, por simple formalidad, decidió remitirlo a la única de sus secciones a la que mejor parecía corresponder aquella comunicación: la sección de Arqueología de que soy miembro.

»Apenas examiné aquellos caracteres reconocí en ellos una inscripción fenicia de las más perfectas en cuanto a la forma alfabética y, maravillado con tan importante descubrimiento y al mismo tiempo receloso de alguna mistificación, me entregué con sacrificio y en el mayor secreto a su interpretación, sirviéndome para ello de un poco de hebreo que, en los espacios libres dejados por mis cotidianas ocupaciones, había en otros tiempos cultivado. Mientras tanto, desde el primer día, empecé a valerme de cuantos medios me aparecían para conocer quién era el señor Costa y dónde estaba situada su propiedad de *Pouso-Alto*, fuese en la Parahyba del Sur, fuese en la del Norte. De qué fatigas me sobrecargué entonces vendrá a saberlo el público por las razones que más adelante daré: De los almanaques del País, de las listas de votantes, de las agencias de correos, de las autoridades policiales, de todo en vano me serví

para conocer la autenticidad de aquella inscripción, sin desde luego hablar a nadie sobre ella.

»Y al paso que este misterio se me presentaba cada vez más impenetrable y despertábame en el espíritu sospechas de día en día mayores, sorprendíame la relación que yo encontraba entre la descripción de aquel viaje de fenicios desde el mar Rojo hasta las costas del Brasil y la viabilidad que de este viaje me demostraban los trabajos de Maury y de sus continuadores sobre las corrientes oceánicas, tamañas posibilidades que, si consideramos posible la circunnavegación del continente africano por los fenicios emisarios del faraón Nekau, como nos dice Herodoto y creen hoy muchos arqueólogos, geógrafos y orientalistas, necesario es confesar que mucho más posible debemos considerar la venida involuntaria de tales navegantes al Brasil.

»Tal es la impetuosidad de la corriente llamada ecuatorial o brasileña que parte de la extremidad meridional del continente africano en dirección a nuestra costa, circunstancia ésta a la que se unen, para dar mayor vigor a la conjetura por mí figurada, los temporales que reinan en aquella región a lo largo de la costa de Africa.

»Entretanto, pasados ya seis meses y teniendo por más o menos concluida la versión de la referida inscripción, y no habiendo ningún auxilio particular más de que me ayudar a fin de obtener noticias del descubridor de aquel monumento, recurrí a la prensa y entendí un deber hacerlo exponiendo sucintamente todo lo ocurrido a los periódicos de la Corte, a los que entonces me dirigí y advertí que tanto yo como el Instituto Histórico manteníamos en reservada expectativa nuestra opinión sobre la autenticidad de la inscripción y que, comoquiera que fuese, yo nunca haría una publicación definitiva de ese trabajo sin haber antes encontrado el monumento original y pruebas que lo autentificasen.

»Como era de esperar, la prensa entera tomó el mayor interés por el asunto; el público, vivamente impresionado, acompañó esa manifestación, y pocos meses después la noticia había atravesado el océano, circulando, a pesar mío, en largo ámbito por los dos continentes, pero tan alterada que ya en algunos periódicos, como el de los *Debates* de París, apareció como procedente de Guayaquil, en el Perú.

»El efecto de mi publicación, cuyo único fin era traer a la luz el origen de tan curiosa comunicación, resultó muy otro del que yo tenía en mente y esperaba. El único hombre para quien mi carta fuera escrita y publicada, el señor Joaquim Alves da Costa, propietario de *Pouso-Alto*, en la Parahyba, no la leyó porque este hombre nunca existió. El misterio de tal individuo, el modo como la comunicación llegó a las manos del venerado Marqués de Sapucahy y, por último, la propia contextura de algunas palabras y frases de la inscripción que en parte recuerda el *Penulus* de Plauto, en parte el periplo de Hannon y en casi su totalidad algunos libros de la Biblia, me traía últimamente en creciente desconfianza, a la que vino a dar mayor bulto la opinión de algunos sabios a quienes había consultado exponiendo estas mismas dudas.

»No dudé más y, desde entonces, decidí empeñar cuanto de mí dependiese

para elucidar la cuestión, ponderando que, si alguna satisfacción me había cabido con el desciframiento de la inscripción, mayor me habría de causar el descubrimiento de su autor. El medio de que para eso me serví fue la comparación del autógrafo de varios orientalistas que juzgué más capaces de ese fraude con la carta original del pseudo-Costa.

»Felizmente, vino al final a caer en mis manos la prueba indudable, por tanto tiempo y tan ansiosamente esperada. El ardid salió de la penumbra de la sospecha en que yo hasta allí entreveía y surgió la más viva luz de la convicción.

»Quien sea el autor de este artificio, al que tan inmenso trabajo le debe haber exigido y cuyo fin no atino a saber cuál habrá sido, no seré yo el primero en decir. Si le cayesen bajo la vista las presentes líneas, como creo, verá el ilustrado orientalista que ha mucho era yo señor de su secreto, y que si corro hoy a desvendarlo en esta misma prensa donde hace cerca de dos años tuvo origen la publicidad de su comunicación, es porque este asunto, que en el Brasil parece haber descendido al rincón del olvido y la indiferencia, resurge cada día más ruidoso y más vehemente al interrogarme de América del Norte, de Francia, de Alemania y de Inglaterra, donde muchas sociedades sabias lo discuten e innumerables periódicos literarios lo publican; y porque con el carácter oficial en que de estos países me veo interpelado, menester es que diga la verdad sin ambages, a fin de que mi silencio no represente algún día, a los ojos de quienquiera, que sea yo considerado autor o cómplice de este ardid, para el cual siento que no sería capaz por mi propia índole, ni me bastaría lo poquísimos que conozco de las lenguas semíticas.»

Al parecer, la carta fue ignorada por los que no querían renunciar a la tesis de la colonización fenicia en el Nuevo Mundo y se siguió hablando hasta hoy de la inscripción hallada en el inexistente lugar de *Pouso-Alto*. Precisamente ahora que se cumplen cien años de la publicación de Ladislau Netto, hemos querido recordar el esfuerzo de este pionero de la Arqueología brasileña y su sincera búsqueda de la verdad.

Por si hubiera alguna duda de las intenciones de Ladislau Netto respecto de la autenticidad de la supuesta inscripción fenicia, hay también una carta del mismo dirigida a Ernest Renan y publicada en 1885, que igualmente copiamos los siguientes párrafos:

*Lettre a Mr. Ernest Renan à propos de l'Inscription Phénicienne apocriphe, sumise en 1872 à l'Institute Historique et Etnographique du Brésil.—Rio, 1885.*

«Ah! permettez-moi de vous le dire, illustre et cher maitre, j'éprouvai à cet instant la même impression mélancolique et pour ainsi dire aigre-douce que l'on ressent lors que, mal éveillé encore, on voit fuir les dernières images d'un songe délicieux et la pénombre du rêve faire place à la lumière du jour qui nous rappelle aux tristes réalités de la vie materielle:

»L'inscription phénicienne de la Parahyba était une inscription apocriphe.»

Pero, a pesar de las declaraciones de Ladislau Netto y de que Renan la considerase apócrifa también, existe la traducción de una inscripción en caracteres fenicios atribuida a Renan, según noticia del P. Lima (6), que, a su vez, la recoge del canónigo Dr. Florentino Barbosa, inscripción encontrada en Paraíba del Norte, más o menos por 1880, y que diría:

«Este monumento de pedra foi por Cananeus Sidônios, que para fundar colônias em pais longinquo, montanhoso e árido, sob a proteção dos deuses e deusas, pousaram-se em viagem no 19º ano de Hiram, nosso poderoso rei.»

Pero la traducción más difundida de la supuesta inscripción es la de Cyrus Gordon (7), que levantó la cuestión ya casi olvidada de las inscripciones fenicias en el Brasil. El asunto fue aireado por la prensa invocando la reconocida autoridad en lenguas mediterráneas del profesor Gordon. Sin que haya necesidad de dudar de los conocimientos de Gordon, hay que dejar bien claro que su interpretación está hecha a base de una copia llegada a las manos de Ladislau Netto hace más de cien años procedente de un lugar desconocido y encontrada por persona o personas anónimas, como se desprende muy claramente de la declaración de Netto hecha pública en la prensa de Río de Janeiro. He aquí la traducción de Gordon:

«Somos hijos de Canaán, de Sidón, la ciudad del rey. El comercio nos trajo a esta distante playa, una tierra de montañas. Sacrificamos un joven a los dioses y diosas exaltados en el año 19 de Hiram, nuestro poderoso rey. Embarcamos en Ezion-Geber en el mar Rojo, y viajamos con diez navíos. Permanecemos en el mar juntos durante dos años alrededor de la tierra perteneciente a Ham (Africa), pero fuimos separados por una tempestad y nos separamos de nuestros compañeros, y así desembarcamos aquí, doce hombres y tres mujeres, en una nueva playa que yo el almirante de la flota controlo. Puedan auspiciosamente los exaltados dioses y diosas interceder en nuestro favor.»

Gordon considera la inscripción auténtica, porque nadie podría haber inventado hace un siglo vocablos y formas gramaticales fenicias que eran desconocidas a fines del siglo pasado, y que sólo serían conocidas mucho después con el descubrimiento de otras inscripciones fenicias.

Pero nada impediría que «el orientalista» a quien Netto acusa sin citar el nombre, la copiase de otra auténtica encontrada en algún lugar del Mediterráneo, como pudo ser la estela moabita de *Mesa*, descubierta en 1869 y con la que tiene indudables puntos de semejanza, la cual «adornó» disfrazándola y creando el fraude que se ha arrastrado hasta nuestros días.

¿Cuál es la relación entre esta inscripción fenicia que nunca nadie vio, encontrada, según se dice, en el Sur del país, y los petroglifos de Ingá, en el Nordeste? La explicación está, en parte, en la frase final de la carta de Ladislau Netto a Renan. La llamada Paraíba del Sur fue anexionada al Estado de Río de Janeiro, manteniéndose el nombre de Paraíba para el Estado nordestino. La existencia de inscripciones indígenas como la de Ingá, a que nos estamos refiriendo, en el Estado de Paraíba del Norte y el episodio de la supuesta inscripción fenicia en la antigua Paraíba del Sur fue suficiente para que

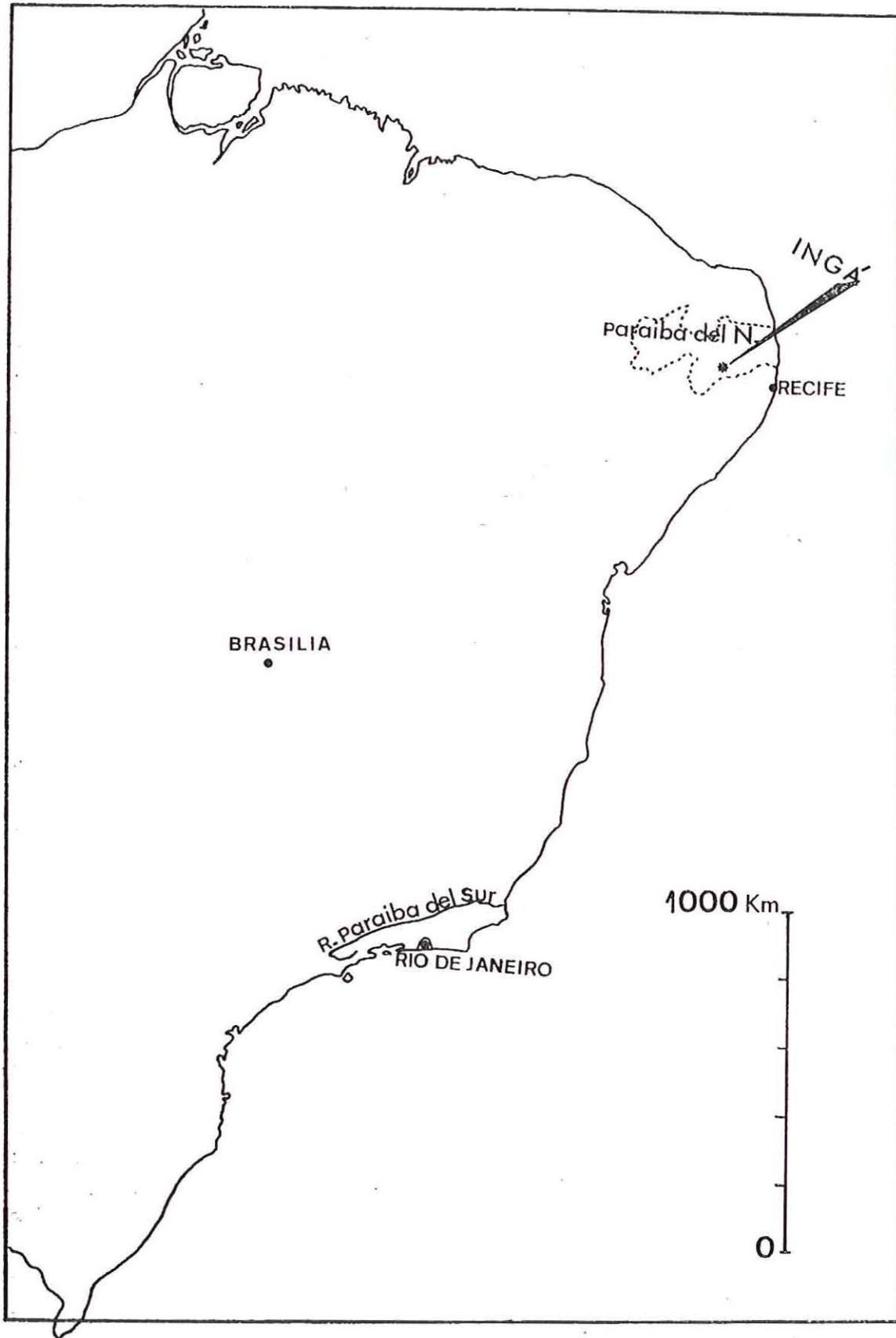


Figura 1

la confusión de una con la otra (supuesta y real) se mantuviese durante años, y de ahí a identificar todas las inscripciones de la Paraíba como obra de fenicios no hubo más que un paso. A ello contribuyeron, y no poco, junto a los eruditos locales, el gran número de «sabios» europeos que en el siglo pasado y comienzos de éste recorrieron el Brasil, dando noticias de misteriosas ciudades y civilizaciones perdidas en las florestas, exponiendo muchas veces absurdas teorías, que no habrían encontrado eco si las hubieran pronunciado eruditos del país, pero que impresionaron cuando fueron expuestas por extranjeros de impronunciabiles nombres germánicos. De todos ellos, es posible que el más pintoresco sea un tal Ludwig Schwennhagen, austríaco, que se decía profesor de Filosofía e Historia y miembro de la Sociedad de Geografía Comercial de Viena, que en las primeras décadas de este siglo viajó por el interior del Brasil, particularmente por el Piauí, uno de los estados más pobres y despoblados del país, desapareciendo un día sin dejar rastro. En Teresina, capital del Piauí, en donde recibió alguna protección de las autoridades locales, los que le conocieron lo recuerdan como un alemán de apariencia afable y tranquila, gran aficionado a la *cachaça* (aguardiente brasileño destilado de la caña de azúcar) y que andaba estudiando ruinas e inscripciones. Era también conocido por el nombre de Loudovico Chovenagua, por la dificultad de pronunciar su verdadero nombre. Escribió un libro, enorme compendio de absurdos, con el título de *Antiga História do Brasil (de 1100 a. de C. a 1500 d. de C.)*. *Tratado Histórico*. Publicado por la *Imprensa Oficial* de Teresina (Piauí) en 1928. Basta citar el enunciado de algunos capítulos para percibir la fantasía y falta de contenido histórico de la obra: «As flotas de Hirán e Salomão no rio Amazonas», «A participação dos cartagineses na colonização do Brasil», «A expedição da frota de Alexandre Magno à América do Sul em 328 a. de C.», etc. Hasta aquí el libro no pasa de ser una curiosidad bibliográfica más entre los muchos absurdos que se han escrito, pero lo insólito es que una segunda edición haya sido publicada en 1970 en Río de Janeiro por la Editorial Cátedra con una amplia introducción de Moacir C. Lopes, dando como científicas y serias todas las locuras del simpático profesor Loudovico, lo que demuestra hasta qué punto están todavía arraigadas ciertas creencias en la historiografía arqueológica brasileña. No es éste un caso aislado, sino que podríamos repetir infinitos; citaremos únicamente los más recientes, como el que con el título de *Pré-história brasileira. Fatos e Lendas*, São Paulo, 1971, ha publicado Renato Castelo Branco, presentado como minucioso investigador de la Prehistoria brasileña, en el que muestra tesis como éstas: «*Habrà existido en el Brasil una escritura-madre de las que todas las demás escrituras arcaicas derivarían?*» o *Da existencia de un imperio colonial fenicio en el Nordeste brasileiro, El posible viaje de Santo Tomás al Brasil*, etc. El mismo Aníbal Mattos (8), conocido antropólogo brasileño y uno de los principales excavadores de las cavernas de Lagoa Santa, recoge la obra de Schwennhagen y de sus congéneres respecto de la posible colonización de los fenicios en el Brasil, sin afirmar ni negar nada, dándolas como trabajos científicos. Ese es el caso de la monumental obra de

Bernardo Ramos *Inscrições e tradições da América Pré-histórica especialmente do Brasil*, publicada en 1930 en Río de Janeiro y en la que recoge cerca de tres mil inscripciones del Brasil y de otros países de América. Si bien la obra tiene el interés de la aportación de materiales, tendría que ser totalmente revisada y los lugares identificados de nuevo a causa de la cantidad de interpretaciones fantásticas de su autor. A título de curiosidad transcribimos el parecer concedido a la obra por el Instituto Geográfico e Histórico del Amazonas:

«La Comisión de Arqueología, examinando el trabajo presentado por el coronel Bernardo de Azevedo da Silva Ramos, sobre *Inscrições e Tradições do Brasil Pré-histórico*, considerando:

Que, aislados, los símbolos de las inscripciones exhibidas corresponden a caracteres del alfabeto fenicio, griego paleográfico, griego de inscripción, hebreo, árabe y chino;

que la coordenada de los caracteres forma palabras;

que la sucesión de las palabras así presentadas tiene sentido;

que la autenticidad de las inscripciones está asegurada, o por las fotografías o por la autoridad de las obras de donde fueran extraídas;

que las tradiciones referidas en el trabajo están vulgarizadas por autores cuya competencia no se puede contestar;

que los estilos de cerámica representada en este trabajo son de estilo griego;

que esos dibujos, por su perfección y simetría, jamás podrían ser hechos por las tribus indígenas existentes en el Brasil en el tiempo de su descubrimiento;

que estas inscripciones fueron hechas, sin duda, por la mano humana y hábil;

resuelve juzgar el aludido trabajo digno de ser aprobado y aceptadas sus respectivas teorías y conclusiones.

Manaus. 4 de mayo de 1919.»

La cerámica que el autor presenta como griega es la de la isla de Marajó, en el Amazonas, que corresponde al estadio cultural más avanzado descubierto hasta ahora en el Brasil, caracterizado, sobre todo, por su magnífica cerámica llamada *marajoara* que presenta decoración policroma y en relieves. Como inscripción griega es considerada la de Ingá, en la que Ramos identificó *nombres de algunos planetas y signos del Zodíaco escritos en griego paleográfico, así traducidos: Helios, Selene, Ares, Aphrodite, Zeus, Taurus, Krios, etc.* Fue precisamente defendiendo la interpretación de Ramos que el padre Lima (9) aseguró por su fe de sacerdote que estuvo al pie de la roca donde se encuentra la inscripción, que vio la palabra *Helios* en griego y «*vi mais várias letras gre-*

*gas destacadas ou conjugadas, mas perfeitamente legiveis, em baixo relevo, rasgadas em plena rocha».*

No hemos agotado la lista, que resultaría interminable, de interpretaciones fantásticas respecto a colonizaciones antiguas del Brasil, deteniéndonos sólo en los autores que se han referido concretamente a la inscripción de Ingá, ya que numerosos son los tratados con títulos tan sugestivos como la obra de Henrique Onfroy de Thormon *Antiguidade da Navegação do Oceano, das viagens dos navios de Salomão ao rio das Amazonas, Ophir, Tarchisch e Parvoin* (1905), o el de Frederico Rath *Noticia etnológica sobre um povo que ja habitou as costas do Brasil bem como o interior, antes do Diluvio Universal* (1871).

No podemos dejar de mencionar, para completar el cuadro de las interpretaciones sobre los petroglifos de Ingá, la teoría autoctonista, llevada a sus máximas consecuencias, formulada por Domingo Magarinos, autor de *Muito antes de 1500*, por el mismo Clovis Lima y algunos otros. Fieles seguidores de Florentino Ameghino, el creador del paleoindio autóctono terciario, Magarinos escribe en la obra citada: *La paleoepigrafía brasileña y la paleoepigrafía americana son absolutamente autóctonas, aborígenes, originarias del Brasil y de América, cuna originaria de la gran raza troncal que fue la primera a hablar esa lengua primitiva, universal, y a trazar esa escritura, también primitiva, universal, más tarde, mucho más tarde, llevada a los confines orientales de Asia, que la extendió por todo el mundo, y de ahí la semejanza, esa identidad, que las hizo por ello suponer fenicias, hebraicas, árabes, egipcias, griegas o chinas.*

Y de Clovis Lima (10) leemos: *As Itacoatiaras de Ingá hablarán más alto por su mayor complejidad y perfección y, principalmente, por su posición geográfica. Sabrán todos que representan todavía el testimonio del prestigio de la cultura y la civilización de hombres de eras distantes, culturas reveladas a través de dibujos murales... Es la prueba más exuberante de la edad de la escritura que ha resistido a la acción de factores externos...* Como vemos, la famosa frase de Ameghino: *La América es la patria original del hombre* (en *La antigüedad del hombre del Plata*) tiene sus adeptos a la hora de dar una explicación sobre el significado de las inscripciones de Ingá.

La idea de atraso cultural sufrida por el indio brasileño y la creencia de que los europeos encontraron los remanentes de una antigua cultura superior, ya en estado de paulatina decadencia física y moral, no es única y la encontramos en muchos autores, sea insinuada o claramente expuesta, como podemos concluir de las palabras de Clovis Lima: *Si no encontramos en tiempos del descubrimiento de América a nuestro indígena en un grado de civilización más adelantado, sino por el contrario muy atrasado, se debe a la involución de la raza a través de milenios, tiempo en el que ni el mismo granito resistió.* Para este autor, las «itacoatiaras» de Ingá son la prueba más exuberante de la edad de la escritura que resistió a la acción de los factores externos...

Dentro de esta escuela autoctonista y a la vez partidaria de la existencia

de culturas superiores existentes en el Brasil hace milenios y posteriormente regredidas, tenemos en Alfredo Brandão uno de sus defensores de imaginación más fértil. Natural del Estado de Alagoas, médico, botánico, historiador, arqueólogo e investigador de los petroglifos brasileños, defiende en su obra (11) la existencia de un idioma primitivo universal y de una escritura primitiva también universal. *Escritura que evolucionó en ciertas regiones, que estacionó en otras, llegando al punto de desaparecer, como pasó con nuestros aborígenes. Es de esa escritura primitiva, de esa escritura mater, que vamos a encontrar los restos, todavía en su forma simple y primitiva, en los groseros rasguños de las rocas del Brasil y en la cerámica de Marajó.*

Brandão va todavía más lejos: después de levantar la hipótesis de que las inscripciones brasileñas sobre roca son una escritura-madre de todos los sistemas actualmente existentes, realizadas por el sistema *bustrophedon*, pasa a descifrar y traducir algunas de las inscripciones del país conocidas en su época, entre las que dedica especial atención a la piedra labrada de Ingá, como no podría dejar de ser. Para él, la inscripción de Ingá forma *signos mnemónicos aislados*, sin conexión entre sí, formando temas y asuntos diferentes. Y aunque no conocía los signos personalmente (ya que se basa en una transcripción del ingeniero Retumba) se aventuró a traducir un grupo de ellos, en los cuales encontró sentido cosmogónico. He aquí la traducción (12):

*O Senhor Deus Mbú, o Grande Creador, semeou os germens, fecundou a terra e fez surgir o fogo e fez surgir o homem (ou a planta).*

Una tentativa de José Antero Pereira Junior (13) de relacionar la inscripción de Ingá con las de la isla de Pascua carece de fundamento, por falta de rigor científico al tratar el tema: da como cierta la hipótesis, no original suya, sino tomada de otros autores, de que las escrituras sumeria, hitita, protoelamita, cretense, egipcia y del valle del Indo tienen un solo punto de partida: ¡la isla de Pascua en el Pacífico! Y, además, el tipo de signos que compara no conduce a conclusión alguna: dibujos circulares, cruciformes, aspas, espirales, serpentiformes, formando hojas o flores esquemáticas, etc., aparecen en rocas y cavernas, tanto en Australia como en Africa o en los monumentos megalíticos europeos. Son dibujos primarios, que pueden ser también trazados instintivamente por dos niños antípodas de la misma edad y que no significan necesariamente relaciones o contactos culturales. Ya decía Mendes Corrêa (14) que los dibujos rupestres son encontrados entre todos los pueblos con un patrimonio cultural común, sin ninguna interdependencia, tratándose de una creación espontánea e intuitiva. Por otro lado, la comparación de los signos de Ingá con las tablillas de Pascua no resiste un análisis serio, siendo conocidos los orígenes melanesios y polinesios de la cultura pascuense.

Antonio Freire (15), en su libro *Revoltas e Repentes*, dedica un capítulo a los petroglifos de Ingá e inscripciones brasileñas en general, y, tras un rápido recorrido por las opiniones ajenas sobre el tema, llega a la conclusión siguiente: *La verdad es que las inscripciones rupestres de Ingá y de otras regiones espar-*

*cidas por el Brasil no fueron esculpidas por un indio cualquiera, sino producto de civilizaciones alienígenas aportadas por aquí en épocas remotísimas. Si no fuera así, ¿cómo explicar las obras monumentales erigidas en América del Sur?...*

Teodoro Sampaio (16) considera que, en general, las inscripciones en cavernas y paredones de roca indican necrópolis de indios y, *muchas veces, por la naturaleza del dibujo quieren significar el nombre del individuo en su última morada.*

Ningún hallazgo arqueológico justifica esta afirmación, pues los enterramientos indígenas no aparecen, que sepamos, asociados a ningún tipo de inscripción, ni tenemos conocimiento de hallazgos funerarios en los alrededores de Ingá. Por otra parte, el salvaje tiende a esconder el muerto y no indicar su paradero con inscripción alguna que pueda señalar el túmulo y exponerlo a violación. Las pocas veces que inscripciones y enterramientos han aparecido próximos podrían relacionarse culturalmente, pero no formar parte del mismo acto funerario.

Finalmente, y para dar una idea global y hasta anecdótica de las vicisitudes por que ha pasado la inscripción de Ingá, diremos que, recientemente (1972), la revista *Planeta*, dedicada a temas de ciencia-ficción, publicó un artículo sobre la escritura extraterrestre de estos petroglifos, firmado por *un especialista en Arte y Arqueología.*

Veamos ahora cuál sería la interpretación más lógica para los signos de Ingá y sus congéneres brasileños, sabiendo que no puede tratarse de una escritura, ya que ningún pueblo primitivo del continente sudamericano utilizó sistema gráfico alguno para transmitir su pensamiento. La simple diversión o entretenimiento de indios sin nada que hacer, los *ludus homini*, como fue denominado por Brunet, francés al servicio de Su Majestad Pedro II, con la pedantería propia de su tiempo, nos parece la más lógica. Grabar aquellos grafitos en el *gneiss* durísimo, en medio del río, no debía de ser nada divertido; sería como pensar que los hombres de la cultura megalítica levantaban los menhires para matar el tiempo. Es indudable que los petroglifos tienen una significación religiosa y que el río sería, con bastante seguridad, un lugar de culto. Inscripciones del mismo tipo han sido encontradas en Passagem (Paraíba), en el río de la Farinha, también en un lugar de rocas entre agua de difícil acceso, y, en general, las *itacoatiaras* (17) paraibanas y de otros estados nordestinos, que también se encuentran junto a cascadas y rocas entre ríos.

Sólo quien conoce la inmensidad y la pobreza de los *sertões* del nordeste brasileño puede comprender la importancia, la magia, casi el milagro que significa un curso de agua. Por otra parte, no es nada nuevo, ya que los ríos siempre han sido lugares sagrados en todas las civilizaciones antiguas, lo mismo que el sol, la luna, los astros o las fuerzas de la naturaleza.

El mayor error está en querer encontrar por todos los medios un significado ideográfico y, cuando el signo no se parece a nada animado o inanimado, se recurra a la comparación con signos igualmente misteriosos. Como tampoco

podemos considerar estos petroglifos manifestaciones puramente artísticas, está claro, o al menos entra dentro de la lógica, su intención mágico-religiosa. La magia no es accesible a todos, es sólo patrimonio de iniciados, y su gran poder está precisamente en el misterio; sólo el brujo o hechicero conoce el significado de aquellos signos que, indudablemente, *tienen* un significado, pero que sólo *él* los conoce. Podríamos compararlo con el logotipo de una firma comercial o con el anagrama de una secta religiosa; los medios de comunicación nos obligan a identificarlos y relacionarlos de una forma casi inconsciente, pero ¿sería capaz de descifrarlos un grupo humano que no hubiera sido informado de su significado?

Creemos que la explicación del contenido mágico-religioso es la más verosímil y que incluso los petroglifos han sido deliberadamente realizados con una intención cabalística, tratando de hacerlos incomprensibles a cualquier extraño que no perteneciese a la tribu o incluso al grupo de los no iniciados en la magia de la misma.

La explicación dada por Alfredo de Carvalho (18) no nos parece aplicable en el caso de Ingá. Según la tesis negativista de este autor, siendo el indio por naturaleza perezoso e indolente, la profundidad de los trazos en la roca se explicaría por la colaboración de muchas generaciones sucesivas. *De la misma forma que el indígena, en horas de ocio, se arma de un carbón y traza en las paredes de una cabaña figuras multiformes, así también el aspecto del paredón liso de una roca le tienta al ejercicio de su arte infantil. En lugar del pedazo de carbón, sirve de una piedra aguda y esboza un dibujo cualquiera. Tiempo después otro indígena pasa por el mismo lugar, le hiere la vista la figura trazada en la superficie oscura de la roca y, obedeciendo al instinto de imitación, coge una piedra y, jugando, va profundizando los contornos del dibujo original. Otro indígena sigue su ejemplo, y así, en adelante, cada vez se acentúan más los surcos, y poco a poco, tal vez después de muchas generaciones, llegan a tener la profundidad hoy tan admirada por la mayoría de los investigadores, y por ellos considerada como el resultado de la labor prodigiosa de un solo individuo, o atribuida a un grado de cultura superior.*

Si bien esta explicación de A. de Carvalho nos parece lógica y aceptable en algunos casos, no es aplicable cuando se considera que el petroglifo fue grabado en lugar de difícil acceso, intencionalmente, y al que, con dificultad, un indígena llegaría por simple paseo.

Muchas inscripciones han sido grabadas sobre cantiles en lugares difíciles y hasta peligrosos para ser alcanzados. La intención de proteger los grabados y pinturas del acceso a extraños parece clara en muchas de ellas, de la misma forma que se observa en las pinturas rupestres de las cavernas franco-cantábricas.

Tampoco podemos olvidar la naturaleza supersticiosa innata del salvaje, que le inclina a respetar y temer las cosas de naturaleza desconocida. En el caso de Ingá no podemos aceptar esta explicación simplista de Carvalho, porque los petroglifos forman un panel continuo y perfectamente enmarcado por una línea

de puntos, aparte de que la profundidad y anchura del trazo que forma el dibujo es uniforme en todo el conjunto con las medidas que dimos en páginas anteriores. Los petroglifos de Ingá son, indudablemente, el resultado de un trabajo intencionado y fueron realizados en una misma época y con una sola técnica.

Numerosas noticias, así como dibujos y calcos de petroglifos brasileños, han llegado a nuestras manos, noticias inéditas, unas veces, y, otras, obtenidas a través del levantamiento bibliográfico de la región que estamos efectuando.

Siguiendo un criterio que nos hemos propuesto, no daremos en este trabajo, ni en los sucesivos, noticia alguna sobre inscripciones que no hayamos visto y fotografiado personalmente, como punto final a la necesidad de una definitiva desmitificación de los petroglifos brasileños que, como ya advirtió Tristão de Alencar Araripe (19) al publicar noticias arqueológicas del Estado de Ceará, la mayoría de ellas «*não passavam de fantásticas criações de mentes dadas ao gosto do maravilhoso e das fábulas absurdas*».

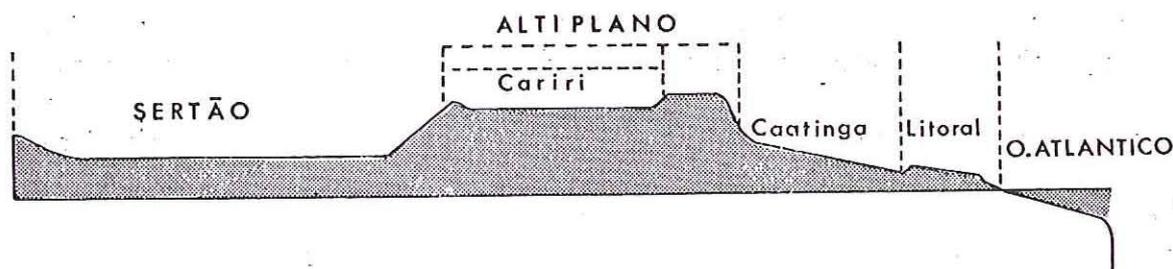
Mucho se ha intentado leer, traducir, interpretar o comparar los petroglifos con otras escrituras del Viejo Mundo, pero lo que hasta ahora nadie ha intentado seriamente ha sido relacionar las *itacoatiaras* brasileñas con los grupos indígenas que habitaron la región antes de la llegada de los europeos. A ello contribuye no poco el desconocimiento arqueológico de la región y la falta casi absoluta de excavaciones arqueológicas realizadas en el nordeste. Los conocimientos se limitan al hallazgo casual y a la labor siempre meritoria de los aficionados locales. Más adelantados están los estudios de Antropología Cultural, y para el conocimiento de los grupos indígenas de esta extensa parte del País es imprescindible la obra de Estevão Pinto (20) y, particularmente para la Paraíba, es muy útil el trabajo de L. de Clerot, ya mencionado.

El libro de Estevão Pinto a que nos referimos comienza con un comentario respecto de la obra de Roquette Pinto, que afirmaba, hace más de cincuenta años, que *la Arqueología brasileña era, sobre todo, un capítulo de pura etnografía*; hoy, medio siglo después, el conocimiento arqueológico de la región nordeste sigue siendo tan precario que, sólo recurriendo a las noticias que se tiene de los indios en tiempos ya históricos, postcolombinos, podemos alcanzar una idea del panorama en épocas más antiguas.

Angyone Costa (21), al referirse a los centros arqueológicos del País y su distribución en las distintas zonas geográficas, escribe: *La zona llamada del Nordeste, esto es, toda la faja litoral tropical que se extiende del norte de Bahía hasta la desembocadura del río Parnaíba, en las proximidades del Maranhão, es pobre de centros arqueológicos, a pesar de haber sido por completo habitada, desde remota fecha, por antiguas y variadas naciones indígenas.*

*Esa solución de continuidad bien puede ser aplicada aquí por la influencia del clima, que, sometiendo la zona a prolongadas sequías, impediría los largos establecimientos en sus playas y llanuras calcinadas, haciendo inestable la fijación de sus primitivos pobladores.*

*También las luchas ocurridas después de la conquista entre los portugueses*



CORTE DEL ESTADO DE PARAIBA EN DIRECCION E-W

Figura 2

y las diversas tribus de la región, entre ellas mismas y, todavía, entre portugueses y holandeses y portugueses y franceses, que se disputaban el dominio de la región comprometiendo en sus luchas armadas a las familias indígenas, pueden ser otro factor altamente apreciable para explicar la anomalía que se nota en este sector del litoral.

Pero la zona está sujeta a lluvias abundantes periódicas y la región está surcada por numerosos cursos de agua, a pesar del exhaustivo desforestamiento operado con la desaparición de la llamada *mata atlántica*, que ha contribuido no poco para el aumento de las tremendas sequías que periódicamente asolan la región, pero que es posible no fueran tan acentuadas cuando las florestas eran más extensas.

El exterminio de los indios por parte de los portugueses, franceses y holandeses, también debe haber contribuido no poco para la rápida extinción de las *naciones indígenas*.

El monumento de Ingá está situado en las estribaciones de la sierra de Borborema, que forma una meseta entre la faja litoral y el alto *Sertão*, con alturas medias de 600 m y algunos picos que sobrepasan los 1.000 m. El clima es semiárido y, debido a la altura, la temperatura es más amena que en la costa, con medias anuales de 21 grados. Esta región fue habitada hasta la llegada de los europeos y su posterior ocupación, que causó el desplazamiento o exterminio de los indios, por la *nación Cariri*, que da nombre a parte del altiplano en que se encuentra la inscripción (véase fig. 2).

La tradición de que eran originarios de un gran lago sagrado y la decoración de algunas de sus cerámicas indican que procedían de la región amazónica, estableciéndose en el nordeste por el altiplano y la sierra de Borborema, sin aproximarse a la costa, presionados por los *tupiniquins* y los *tupinambás*, que los empujaron hacia las tierras áridas de los *sertões*. Las tribus o *familias* que tomaban el tronco *Cariri* o *Kiriri* (Angyone Costa recoge veintiocho *familias* diferentes) se extendieron por el interior de los Estados de Maranhão, Ceará, Rio Grande do Norte, Paraíba y Pernambuco, hasta el río San Francisco. Como la mayor parte de la *nación Cariri* se alió con los holandeses de Mauricio de Nasau, fue posteriormente exterminada por los portugueses. Al final del pasado siglo habían prácticamente desaparecido los últimos remanentes de las

tribus, quedando sólo un pequeño grupo en *Aguas Belas* (Pernambuco) (22).

La palabra *Cariri* o *Kiriri*, de origen tupí, significa «callado», «silencioso», característica atribuida a estos indios, que, en contraste con la mayoría de los otros grupos, eran considerados taciturnos. Existe abundante material lingüístico *cariri* recogido por los capuchinos, desde los siglos XVII y XVIII, en forma de catecismos, gramáticas y relaciones; pero, por el contrario, conocemos muy poco su organización social y religiosa y poseemos escasísima información arqueológica que pudiera ayudarnos en algo para la interpretación de las inscripciones, que debemos considerar obra suya. Nos han llegado algunas noticias de las supersticiones y rituales mágicos de los *Cariri* respecto de la caza y la pesca, como el tabú de no comer carne de animales de marcha lenta, que les impediría correr, ni de animales domésticos, como gallinas. Plumas de determinados pájaros eran adorno obligado para la caza. El temor a la venganza de las fieras cazadas es una constante en todos los grupos salvajes; para evitarlo, la caza del tigre, por ejemplo, va seguida de ritos mágicos. Cantos mágicos para atraer los peces son también comunes a todos los grupos indígenas brasileños.

Son precisamente los *Cariri* uno de los grupos de que se tiene menos conocimientos sobre sus mitos y creencias religiosas. Parece que el culto a la Madre-de-las-Aguas que vive en el fondo de los ríos, así como el mito de la existencia de un demonio de las aguas, están generalizados desde la Amazonia hasta el Nordeste (23); con ellos podrían relacionarse las inscripciones de Ingá y sus semejantes esculpidas en los cursos fluviales. El culto a cocodrilos y lagartos es asimismo común, figuras que pueden ser identificadas en los petroglifos de Ingá y que aparecen también claras en otros grabados de la región.

Según Estevão Pinto (24), los *Cariri* poseían solamente una economía recolectora, no conociendo la agricultura hasta después de la colonización, lo que contradice la opinión de otros autores, como P. H. Martius (25), que los considera hábiles plantadores de mandioca y maíz; distinguiéndose *de los pueblos vecinos por la agricultura desarrollada, tenían los tejidos y cerámicas de los indígenas del Amazonas.*

#### MATERIALES ARQUEOLÓGICOS «CARIRI»

##### *Cerámica*

Junto a una cerámica lisa y tosca de formas simples han aparecido algunas piezas en forma de fuente o bandeja bien trabajadas, pintadas con dibujos abigarrados en rojo y ocre rellenando todos los huecos, con tendencia al *horror vacui*, que recuerdan las cerámicas de la región amazónica. Los *Cariri* son considerados los mejores ceramistas de la región nordestina.

Pipas de barro cocido aparecen también en territorio *cariri*.

### *Material lítico*

Las piezas más interesantes son las hachas de piedra semilunares o en forma de ancla, pulidas con gran perfección (lám. V), y que eran seguramente utilizadas en ceremonias rituales, como parece indicar el hallazgo de un hacha de barro cocido. No tenemos noticias de que fueran usadas como ajuar funerario. Junto a estos tipos singulares aparecen también hachas más simples de sílex.

Husos y fusaiolas de ágata y de cuarzo.

Pesos para redes de pesca.

Puntas de flecha de piedra, madera y huesos de pescado.

Bolas de piedra para ser lanzadas con arco, llamadas *pedras de arremesso*.

### *Necrópolis*

Los enterramientos *cariri* aparecen en abrigos y pequeñas cavernas naturales con el cuerpo en posición fetal, no enterrados en la tierra, sino cubriendo el cuerpo y la entrada del túmulo con piedras. Enterramientos de este tipo han sido encontrados en Sierra Margarida, Sierra de la Raposa y Sierra del Algodón, en el macizo de Borborema (Estado de Paraíba), y en la Sierra de San José, en el Estado de Pernambuco. Los ajuares consistían en collares de costillas de mamífero y cuentas de hueso. Es un tipo de enterramiento distinto al *tupiguaraní*, que suele ser de tipo secundario dentro de urnas de cerámica.

En ningún caso aparecieron inscripciones junto a las tumbas. Solamente entre los estados de Paraíba y Pernambuco (municipio de Monteiro) tenemos noticia de un enterramiento en abrigo de roca en el que aparecen pinturas rupestres de tipo esquemático (círculos, espirales, líneas) de color rojo (26).

El problema más serio y de difícil solución respecto de los petroglifos es el cronológico. Al intentar relacionarlos con las culturas indígenas de la región y con los materiales arqueológicos, la escasez de éstos, la falta de excavaciones y, sobre todo, de fechas nos impiden cualquier interpretación que no sea hipotética. Hasta hace pocos años se consideraba que la ocupación del Nordeste brasileño por tribus indígenas era muy reciente, no anterior a fechas correspondientes a la Edad Media europea como mucho. Además, la evolución cultural del indio ha sido muy pobre y lenta en estas regiones, no pasando nunca de un neolítico cerámico primitivo seminómada; por ello, conseguir fechas precisas basadas en la cerámica o en la ocupación del suelo es casi imposible, ya que raramente existen estratigrafías superpuestas. Los análisis de Carbono-14 han sido de gran ayuda en este aspecto; aunque según sus detractores estén muy lejos de ser un determinante cronológico perfecto, sabemos, por lo menos, que la región fue habitada en épocas muy antiguas.

Excavaciones realizadas en el municipio de *Bom Jardim*, en el interior del Estado de Pernambuco, han dado culturas de lascas con fechas de 8000 a 7000 años. Enterramientos indígenas en abrigos bajo roca, con ajuares cerámicos y

collares de cuentas de hueso, alcanzan fechas de 2200-2000 años. Túmulos de Itaparica (27), en el río San Francisco (Estado de Bahía), dieron fechas paralelas, obtenidas por análisis de Carbono-14 de materiales procedentes de excavaciones realizadas por la Universidad de Salvador (Bahía).

Los petroglifos paraibanos, esculpidos por los poco conocidos *Cariri*, denotan una profunda capacidad de abstracción, propia de culturas ya en estadio cultural agrícola con una carga espiritual compleja de mitos y creencias mágicas, a semejanza de las pinturas y grabados esquemáticos que aparecen en ídolos y monumentos megalíticos europeos. Forman parte del contenido espiritual de los pueblos aborígenes del Brasil, constituyendo un todo con su cultura material, que debe ser protegido y estudiado y no debe ser dejado de lado, porque sería tanto como negar una parte importante de la mente y la cultura humanas. No compartimos la opinión, poéticamente expresada, pero profundamente negativa, de Angyone Costa (28), cuando, al referirse a los petroglifos brasileños, dice:

*Grito de dolor o de amargura, petición de alimento o de socorro, indicación de camino o de cementerio, juguete inocente de niño u orden imperativa de mando, solicitud de paz, reclamo de hembra, angustia o tortura, las inscripciones son problemas al margen, son cuestiones, cuando mucho, laterales en el programa de nuestra arqueología.*

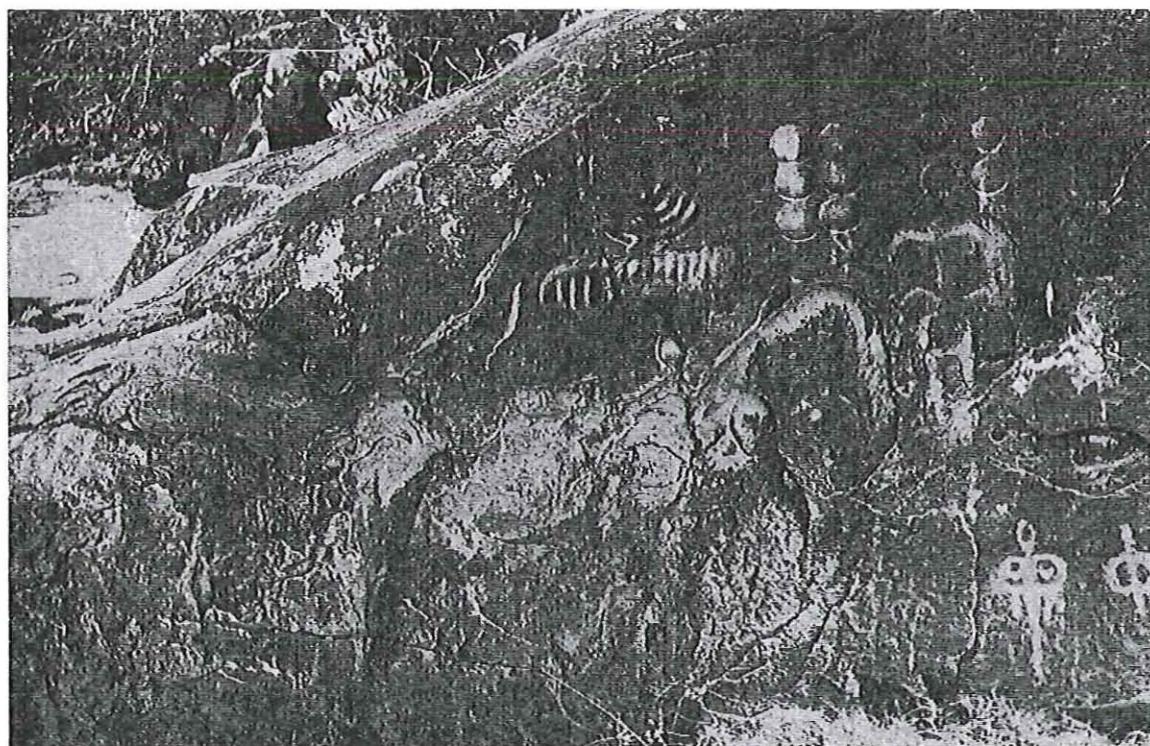
No es cierto que esa *pretensa escrita*, utilizando sus palabras, no ofrezca ningún valor documental. A nuestro ver, es una parte poco comprensible, pero no por ello poco importante de la arqueología brasileña. Es preciso, ante todo, buscar en ella la vida espiritual del indígena y no el mensaje indescifrado de los súbditos del rey Salomón.

#### BIBLIOGRAFIA

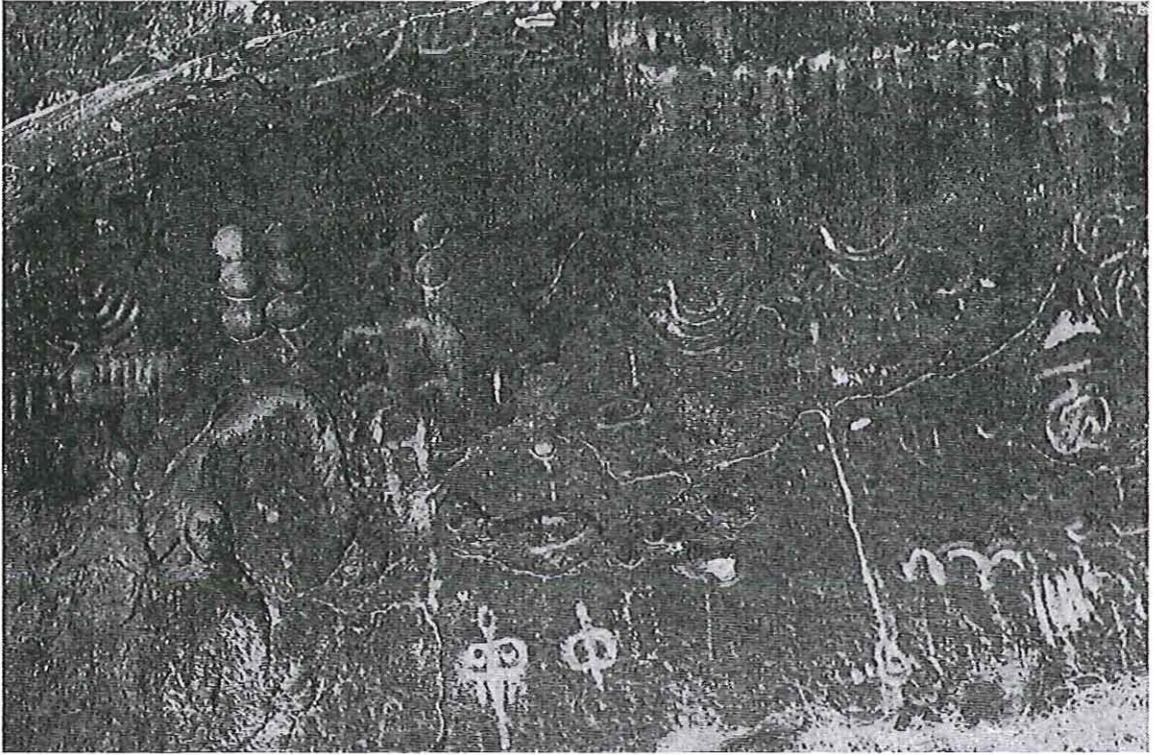
1. RAMOS, BERNARDO, *Inscrições e tradições da América Pré-histórica especialmente do Brasil*, Imprensa Oficial, 2 volumes, Rio, 1930.
  2. CLEROT, L. F., *30 anos na Paraíba (Memórias Coreográficas e outras memórias)*, Ed. Pongetti, Rio de Janeiro, 1969.
  3. LIMA, CLOVIS DOS SANTOS, *As itacoatiaras de Ingá*, «Revista do Instituto Histórico e Geográfico Paraibano», vol. 12, João Pessoa, 1953.
  4. LIMA, Pe. FRANCISCO, *Vestigios de uma civilização pré-histórica*, «Revista do Instituto Histórico e Geográfico Paraibano», vol. 12, João Pessoa, 1953.
  5. *Diálogos das Grandezas do Brasil*, introdução de Capistrano de Abreu e notas de Rodolfo Garcia, Rio de Janeiro, 1930.
  6. Vide nota 4. BARBOSA, cônego FLORENTINO, *Homens civilizados no interior da Paraíba ha muitos séculos*, revista «Nacionalidade», maio-junho, 1952.
  7. HERZL GORDON, CYRUS, *The authenticity of the Phoenician Text from Parayba*, «Orientalia», XXXVII, 1968.
- Siguieron una serie de debates en favor y en contra de la inscripción, recogidas y resumidas en un artículo de Geraldo Joffily, en el cual llama a Gordon de sensacionalista, sin que le falte razón (JOFFILY, G., *A inscrição fenicia de Paraíba*, «Revista de Historia», n.º 93, janeiro-março, 1973, vol. XLVI, São Paulo.



1.—Grabado rupestre de Ingá (Brasil). Vista parcial



2.—Grabado rupestre de Ingá (Brasil). Detalle



1.—Grabado rupestre de Ingá (Brasil). Detalle



2.—Grabado rupestre de Ingá (Brasil). Zona central de la inscripción, donde se concentra mayor número de petroglifos.



Grabado rupestre de Ingá (Brasil). Zona central de la inscripción. Obsérvese en el extremo de la derecha la figura de un cocodrilo o lagarto.

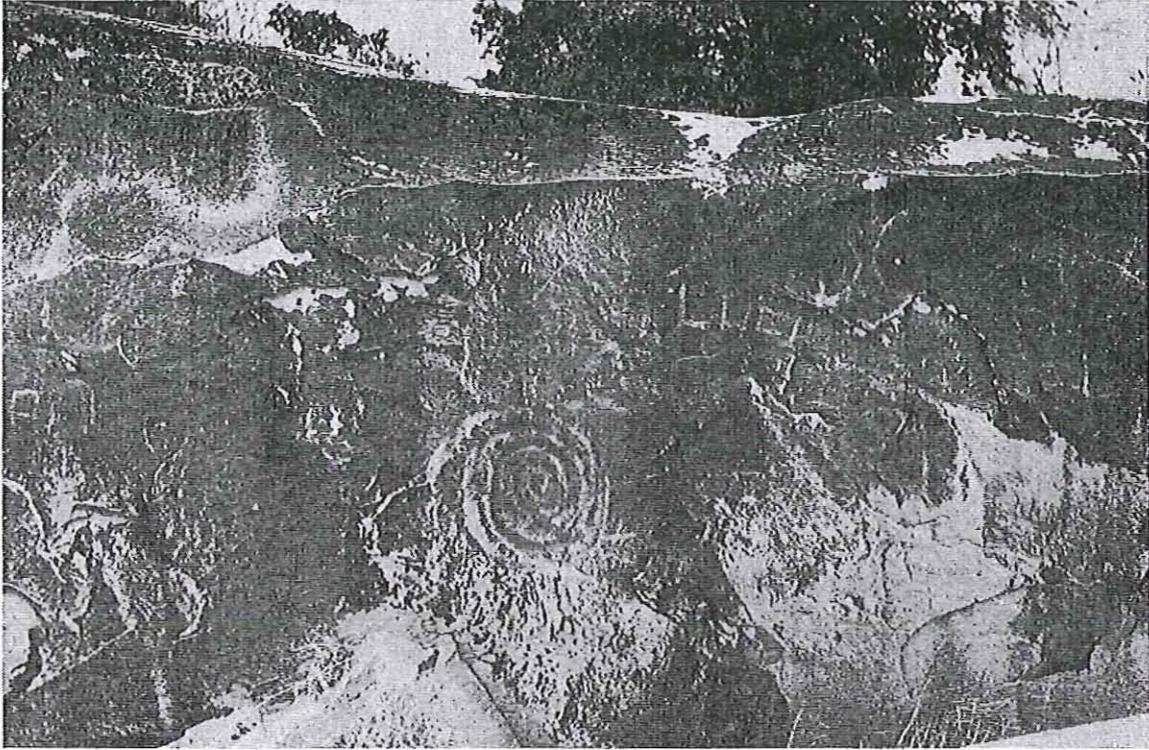
LÁMINA IV



1.—Grabado rupestre de Ingá. Detalle de la zona central



2.—Grabado rupestre de Ingá (Brasil). Detalle



1.—Grabado rupestre de Ingá (Brasil). Motivo en espiral grabado fuera del panel principal



2.—Hacha ritual de los indios *Cariri*. Propiedad particular. Tamaño natural

8. MATTOS, ANÍBAL, *O homem das cavernas de Minas Gerais*, Ed. Itatiaia, Belo Horizonte, 1961.
9. Vide nota 4.
10. Vide nota 3.
11. BRANDAO, ALFREDO, *A Escripção Pré-histórica no Brasil*, Col. «Brasíliana», vol. IX, Cia. Ed. Nacional, São Paulo, 1937.
12. BRANDAO, ALFREDO, ob. cit., p. 231.
13. ANTERO PEREIRA JUNIOR, JOSÉ, *Notas sobre inscrições lapidares*, «Revista do Arquivo Municipal de São Paulo», n.º LXXXIII, 1941; *As itacoatiaras de Ingá*, «R. A. M.», São Paulo, n.º XC, 1943; *Considerações a respeito de alguns sinais da Itacoatiara de Ingá*, «R. A. M.», São Paulo, n.º XCIV, 1944; *Origem das itacoatiaras paraibanas*, «R. A. M.», São Paulo, 1946; *Itacoatiaras*, «R. A. M.», São Paulo, 1949.
14. MENDES CORRÊA, A., *Gravuras rupestres no Brasil*, Porto, 1932.
15. FREIRE, ANTONIO, *Itacoatiaras de Ingá*, en «Revoltas e Repentes», João Pessoa, 1974.
16. SAMPAIO, TEODORO, *Arqueologia Brasileira*, en «Dicionário Histórico, Geográfico e Etnológico do Brasil», vol. 1, Rio de Janeiro, 1922.
17. *Itacuatiaras*, de ita = piedra, y cuatiá o coatiá = escrito, grabado. También itacuatiara = cueva de piedra, en JOVER PERALTA, A., y OSUNA, T., *Diccionario Guaraní-Español, Español-Guaraní*, Ed. Tupan, Buenos Aires, 1930.  
*Itacoatiara* = piedra escrita o pintada, inscripción rupestre, en Pe. A. LEMOS BARBOSA, *Pequeno Vocabulário Tupí-Português*, Ed. Liv. São José, Rio de Janeiro, 1951.
18. CARVALHO, ALFREDO DE, *Pré-história sul-americana*, p. 248, Recife, 1910.
19. ALENCAR ARARIPE, TRISTAO DE, *Cidades petrificadas e inscrições lapidares do Brasil*, «Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro», L, 1.ª parte, Rio, 1887.
20. PINTO, ESTEVAO, *Os indígenas do Nordeste*, «Brasíliana», vol. 44-112, São Paulo, 1938.  
PINTO, ROQUETTE, *Arqueologia e Etnografia*, em «Impressões do Brasil no Século Vinte», Londres, 1913, p. 52.
21. COSTA, ANGYONE, *Introdução à Arqueologia Brasileira (Etnografia e História)*, «Brasíliana», n.º 34, p. 175, São Paulo, 1959.
22. RAMOS, ARTHUR, *Introduções à Antropologia brasileira. As culturas indígenas*, coleção Arthur Ramos, Rio de Janeiro, 1971, p. 314.  
POMPEU SOBRINHO, T., *Índios Funiôs, Karnijós de Pernambuco*, «Revista do Instituto do Ceará», XLIX, 1935. Del mismo autor, *Kariris*, «Revista de Filosofia e História», II, Rio, 1939.
23. PINTO, ESTEVAO, vide nota 17, vol. II, p. 221
24. PINTO, ESTEVAO, vide nota 17, vol. II, p. 55.
25. MARTIUS, C. F., *Beiträge zur Ethnographie und Sprachenkunde Amerikas*, Leipzig, 1867.
26. LAROCHE, A., *Nota prévia sobre um abrigo funerário do Nordeste brasileiro*, separata de «Universitas», n.º 3-4, Salvador, 1969.
27. CALDERÓN, VALENTÍN, *Nota prévia sobre a arqueologia das regiões centrais e sudoeste do Estado da Bahia*, separata do «Programa Nacional de Pesquisa Arqueológica. Museu Paraense "Emílio Goeldi"». Publicações avulsas», n.º 10, Pará, 1969.  
LAROCHE, A. F. G., *O Sítio Arqueológico da Pedra do Caboclo*, Governo de Pernambuco, Departamento de Cultura, Recife, 1970.
28. COSTA, ANGYONE, vide nota 19, p. 163.